

A PESAR DEL COMUNISMO

DELFIN COLOME

Li CUNXIN, 2003, *Mao's Last Dancer*, Penguin Books, Australia

Greg LAWRENCE, 2001, *Dance with the Demon. The Life of Jerome Robbins*, Berkley Books, New Cork

Al principio de mi carrera diplomática, serví en un país comunista que –como todos– se caracterizaba por sus carencias. El mercado, por el lado de la oferta, era prácticamente inexistente. Ante la esporádica aparición de cualquier producto (patatas viejas, papel higiénico o las obras completas de Karl Marx), se formaban unas colas espectaculares. En ocasiones, estuvimos semanas enteras alimentándonos de pepino, yogur y col fermentada, ayudados por el poder calórico del vodka que –eso sí– nunca faltaba.

Un verano, el Estado español ofreció una beca a una joven hispanista para que acudiera a los cursos de Alonso Zamora Vicente, en Madrid. Llena de alegría, vino a la Embajada a recoger su visado y el importe del estipendio, y quedamos que, a su vuelta, nos veríamos para que me contara cómo se lo había pasado. Pero, al cabo de una semana, me topé con ella, inesperadamente, en una céntrica calle de la capital. Al preguntarle por qué había regresado sin cumplir con los requisitos de la beca, se echó a llorar y me contó una enternecedora historia. Al llegar a Madrid, se fue a El Corte Inglés. Empezó a subir y bajar por las escaleras mecánicas y, ante la afluencia y la variedad de las mercancías le dio como un arrebató consumista, empezó a comprar cosas y, en dos días, se fundió todo el dinero.

Me acordé de esta anécdota al leer el libro *Mao's Last Dancer (El último bailarín de Mao)* de Li Cunxin [Penguin Books Australia, 2003].

Li es un conocido bailarín chino que, en 1981, mientras se encontraba en Estados Unidos disfrutando de una beca generosamente concedida por el coreógrafo Ben Stevenson, que se había empeñado en estrechar las relaciones entre su país y China a través de la danza, se convierte en un desertor, negándose a regresar a su tierra, donde era solista de un cuerpo de ballet de elite, creado por la esposa de Mao Tse Tung, Chiang Ching.

Leer la historia de Cunxin es asomarse al aterrador período que China vivió durante la llamada Revolución Cultural, en el que, a la pobreza económica en que el país quedó sumido por la inoperatividad del régimen, se añadió el horror de una represión política tan absoluta que, en la mayoría de ocasiones no podía ser calificada sino de absurda.

Li Cunxin nació, en 1961, en el seno de una familia muy pobre, en la que, pese a los denodados esfuerzos de la madre, se pasaba hambre. En invierno, tapizaban las paredes de su humilde chamizo –enclavado en un poblado que llevaba el pomposo nombre de El Pueblo Nuevo– con papel de periódico, para mejor aislarse de los rigurosos fríos. Su infancia estuvo plagada de episodios llenos de chinches, pulgas e infecciones que sólo amortiguaba la dulzura de un abuela, adorada por todos, capaz de recitar de memoria parrafadas enteras de los *Pensamientos* de Mao.

En 1966, los Guardias Rojos se presentaron en el poblado y destruyeron sistemáticamente lo que oliera a occidental, ejecutando al alcalde, a quien todos los vecinos consideraban una buena persona.

Li fue educado, en la escuela, en el culto más exagerado hacia la personalidad del Gran Timonel. La asignatura más importante era conocer bien su *Libro Rojo*.

Cuando, en 1971, Lin Piao es proclamado traidor al régimen, acusado de querer asesinar a Mao, Li –que es un niño de diez años– llega excitadísimo a su casa para explicar a su madre que hay que acabar con todos los revisionistas. La mujer le responde: “¡Qué me importa Lin Piao, cuando lo único que me preocupa es llenar el puchero!”.

En su segundo año de escuela, aprende a escribir frases completas, como “Queremos al Presidente Mao”, “Matemos, aplastemos a Liu Shaqi, Deng Xiaoping –entonces en desgracia– y otros enemigos de la clase obrera”.

Poco a poco se despierta en Li un interés por la danza, sobre todo tras contemplar en el cine portátil del Partido, dos filmes de ballet, de títulos reveladores: *El farol rojo* y *El destacamento rojo de mujeres*.

En 1972, un comité acude a su escuela y, sin un criterio demasiado claro –simplemente aprecian su flexibilidad muscular– le seleccionan como alumno de la “Academia de Danza de la Señora Mao”, una institución fundada y pilotada por la ambiciosa Primera Dama, capitosté de la Banda de los Cuatro, artífices de la revolución Cultural; donde el método de enseñanza está inspirado en el discurso de Mao del 7 de mayo de 1970, sobre las artes y la educación –una pieza oratoria que no tiene desperdicio– en la que se proclama: “¡Tu arma es el arte: conquista la gloria!”.

En la privilegiada escuela, Li Cunxin come, se ducha por primera vez en su vida, aprende a usar un retrete y come fruta fresca dos veces por semana; unos lujos hasta entonces insospechados para quien vio su infancia inmersa en la carencia.

A pesar del Comunismo

Dos maestros, Chen Lueng y Xiao Shuhua logran que el ballet le interese de verdad, produciéndose en el incipiente adolescente un cambio cualitativo muy importante que le lleva a abrazar la danza clásica como su máximo –único, cabría decir– proyecto vital.

Un día va a Tiananmen y presencia un acto patriótico en el que el Líder discursa. Su entusiasmo es absoluto. Mao –aunque fuera a través de su mujer– le ha cambiado la vida y a Mao debe gratitud eterna, por lo que se inscribe en las Juventudes del Partido Comunista Chino. Y, por su valía personal y profesional, al poco tiempo es elegido miembro del Comité de la escuela.

Poco a poco va actuando en ballets, escalando con rapidez el escalafón, convirtiéndose en un bailarín ejemplar, frecuentemente exhibido con orgullo por la Señora Mao.

Pero Mao muere en 1976. Un mes después, su viuda es arrestada con la Banda de los Cuatro. Li se siente huérfano.

La escuela sigue funcionando, aunque con menos apoyos y recursos. Hua Goufeng, primero, y Deng Xiaoping después, van abriendo, aunque muy tímidamente, el sistema. En la propia escuela empiezan a aparecer libros y vídeos, hasta entonces prohibidos.

Un día, todavía a hurtadillas, ve uno en el que Baryshnikov interpreta *The turning point*. Para Li es, de verdad, un *turning point* –un punto de inflexión, porque decide que quiere bailar como el desertor ruso, recientemente refugiado en el mundo capitalista.

Es la época en que algunas compañías europeas visitan China por primera vez: el Bolshoi (con *El lago de los cisnes* y *Espartaco*), el London Festival Ballet (con una *Giselle* hasta entonces prohibida en el país).

Para su graduación prepara seis solos, precisamente de *Giselle* y, junto con sus compañeros de promoción –los últimos bailarines de Mao– monta, en el Salón de Exposiciones de Beijing, *El lago de los cisnes*. Y es ahí donde le ve bailar el americano Ben Stevenson que le ofrece una beca para la tierra de promisión: los EEUU. Su maestro Xiao le anima: “Regresarás con nuevos conocimientos”.

Al llegar a Houston, Li tiene la revelación de la sociedad de la abundancia. La narración de su primer desayuno con zumos diversos, *muffins*, mantequilla, *corn-flakes*, yogur y leche a profusión, es sublime. Al llegar la Navidad, se va a comprar regalos con Ben, quien –hombre de muchos amigos– se gasta cinco mil dólares en un par de horas. Li echa cuentas rápidamente: es el salario de su padre en 65 años de trabajo. El choque es más que brutal. Li queda fascinado, como mi becario en El Corte Inglés. “Ahora he probado la libertad”, le comenta a Stevenson.

Acabada la beca, vuelve a China con un solo deseo: regresar cuanto antes a los Estados Unidos. Su breve pero intensa aventura americana, el acceso a un mundo que

tiene todo aquello que le falta, a él y a su familia, le hace percibir que ha sido miserablemente manipulado por Mao y por la propaganda comunista.

Tras una serie de incidentes en los que se va minando cada vez más su antigua fe en el sistema –pese a que éste va evolucionando a pasos agigantados– Li consigue volver a su edén americano donde, tras unas aventuras jamesbondianas, que incluyen un repentino matrimonio que se frustrará poco después y la personal intervención de Barbara Bush, obtiene el asilo político.

En EEUU, Li Cunxin despliega una brillante carrera que le lleva a actuar como solista en las mejores compañías. La historia tiene un *happy-end*. Con la apertura política de China puede, al cabo de unos años, volver a El Pueblo Nuevo y ayudar económicamente a toda su familia.

Pero, pese a ese final feliz, la autobiografía de Li es un documento de una crudeza excepcional en la que, junto a un detallado recuento de los intringulis del mundo de la danza en el maoísmo, se retrata la miseria de un sistema que, en buena parte del siglo pasado, yuguló el desarrollo de un país y de sus esforzados habitantes.

Pero no olvidemos que ese mismo sistema –el comunismo– atrajo, en Occidente, e incluso en el país de las vacas gordas que fascinó a Li Cunxin, a una serie de personas que, desde una bien intencionada y sana postura de solidaridad y progreso, cifraron sus esperanzas en que ese comunismo fuera capaz de inducir una mayor justicia social y una mejor organización de la sociedad en todo el mundo. Jerome Robbins fue uno de ellos.

Sobre Robbins ha aparecido un interesante libro de Greg Lawrence: *Dance with Demon – The Life of Jerome Robbins (Bailar con el diablo – La vida de Jerome Robbins)* [Berkley Books, New Cork, 2001].

En él, el autor analiza la complicada personalidad de un personaje que, para muchos, era el mismísimo diablo.

En una cita que abre el libro, Mel Tomlinson, antiguo solista del New York City Ballet, escribe: “Si cuando muera voy al infierno, no me preocupará, porque he trabajado con Jerome Robbins”. Y cuenta la leyenda que, estando un día ensayando en un escenario, Robbins fue retrocediendo de espaldas sin darse cuenta de que se iba aproximando peligrosamente al foso de la orquesta. Había tanta tensión en sus ensayos que ninguno de los bailarines, a los que acababa de maltratar, abrió la boca para advertirle de que estaba a punto de darse un batacazo, como así sucedió. Un hecho que explica muchas cosas.

Jerome Wilson Rabinowitz, nació el 11 de octubre de 1918 en una familia judía muy conservadora. Y cometió los dos peores pecados que podían marcar a un hombre de su tiempo: ser homosexual y comunista. A partir de esto, un profundo conflicto interior, cuyo nudo gordiano jamás fue capaz de cortar, le amargó la vida.